

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 16 DE DICIEMBRE DE 1923

NÚM. 20.242

ESTAMPAS.—EL MESÓN DEL SEVILLANO

“Es dura como un mármol, y zahareña como una moza de Sayago, y áspera como una ortiga; pero tiene una cara de pascua y un rostro de buen año...”

CERVANTES.
(La ilustre fregona.)

TOLEDO. Posada del Sevillano. Primeras horas del día. Aparición de Costancica, llamada la ilustre fregona por las extrañas calidades de su belleza. Ojos azules de Madona, frente ancha y despejada, blanca la color del cutis. Cuello macizo y recio, de alabastro. De las orejas cuelgan dos calabacillas de vidrio. Con dos cintas blancas de hiladillo lleva Costanza trenzados sus cabellos rubios. Es tan larga la trenza, que desciende por las espaldas, deteniéndose más allá de la cintura. Limpio, igual y suave es el peinado. Al aire lleva el cuello, que es la misma blancura. Viste saya y corpiño de paño verde. Cubre la garganta con un collar de estrellas de azabache; sujetando la cintura muestra un collar de San Francisco; colgando de una cinta pende un manojo de llaves. Recia y bien proporcionada es la moza. No usa chinelas, sino zapatos; a roja tira la color de las calzas. Costancica se ha levantado del lecho; ya se ha tocado para todo el día.

Rozagante de vida y juventud, así compuesta y ataviada, aparece en la sala del mesón. Su faz revela un sosiego perfecto. Un equilibrio interior brota y resplandece en todos los ademanes de Costanza. Devotamente saluda la moza a una imagen de la Virgen que cuelga de los muros del patio, contiguo a la sala; al santiguarse, unos dedos largos y rosados señalan la figura de la cruz en la frente tranquila y tersa, en el apretado pecho, en el sólido nacimiento de los brazos y en la boquita roja y breve. Y al advertir que los ojos de nuestros buenos burgaleses Carriazo y Avendaño la saludan con embeleso, abandona el patio, torna a la sala y da voces a la Argüello para que se levante con presteza, que ya el sol dora a trechos la vega toledana y las calles pinas y estrechas de la ciudad oyen las primeras voces, alegres y sonoras, de los madrugadores.

Y la gente de la posada comienza a ponerse en movimiento. La Argüello anda de puillas y chacotas con los huéspedes; el Sevillano sostiene con ella las primeras trifulcas y pendencias de la mañana; Avendaño ya se ha quedado en el mesón, llevando la cuenta de la paja y de la cebada; Carriazo enjaeza el asno para traer del tajo cántaros de agua con que llenar los barreños en que abrevan cómodamente los caballos y mulas de la cuadra; la Gallega—otra buena pieza como la Argüello, de la que haríamos mención especial si pudiéramos extendernos a nuestro talante—, sin dar paz a la sin hueso, coloradota, basta, picada de viruelas y abundante de libras, se refocila de antemano, pensando galleguilmente en la suave y tierna amistad con los nuevos mozos que acaba de apalabrar a su servicio el Sevillano.

Espectáculo curioso y pintoresco el de

la mañana en un mesón; de los cuartos y estancias de la posada salen ya los huéspedes. Relinchan las bestias, acomodan las mozas los camaranchones, pagan su coste los viajeros, acuden a sus negocios los diligentes, y la mesonera, solícita, anda de acá para allá, dirigiendo los quehaceres de las gallegas, advirtiéndolo al Sevillano de una olvidada menudencia, espumando la olla de la cocina, sacando lienzo de las arcas y poniendo orden y concierto en una casa de tanto tráfico y barahúnda.

Costancica no ha vuelto por el patio ni por la sala del mesón. Con andar en todo y cuidar de todo la rapaza, pocos ojos ponen en ella la mirada, y con la mirada los deseos. Así tiene fama de zahareña como labradora de Sayago, y es áspera como una ortiga; pero su cara de pascua y de siempre novia, juntamente con su recato, hacen que el mesón se vea siempre poblado, no de pobretucos, sino de caballeros y letrados, que tales prerrogativas tiene siempre la belleza, aun ostentada en damas rústicas y plebeyas. Sabido es, por otra parte—y no lo decimos ciertamente por Costancica—, que las ninfas del fregadero, sensibles a ciertas temeridades galanescas, desbancan muchas veces en nuestra Es-

paña a damas de la más alta condición y hermosura.

Costancica no suele apartarse de la mesonera, a la que, naturalmente, quiere y reverencia como a madre. Don Periquito, hijo del corregidor, y cuantos beben los vientos por la doncella en esta ciudad de Toledo, plantel de muchachas guapas y donosas, pierden lamentablemente el tiempo. Como lo pierde nuestro amigo Tomás de Avendaño, a quien su industria de trocar el hábito de caballero por los arreos de mozo de mesón apenas le sirven para mirar, de higos a brevas, a Costancica, ya que no para platicar con aquel reposo que los negocios de amor requieren y demandan.

¡Costancica, Costancica! No hay mejor adorno que ella en la posada del Sevillano. Con la mesonera pasa la niña las mejores horas de su adolescencia. La vida es para Costanza una sucesión de gentes que aparecen y desaparecen rápidamente ante sus ojos.

El señor de Carriazo—padre de nuestro improvisado aguador—visita la posada en busca del desgarrado aventurero y reconoce a Costancica como a hija suya. Desde este momento comienzan las transformaciones de la ventura, gratos y socorridos recursos en el arte de no-

velar de nuestro Cervantes. Costancica—fácil es adivinarlo—es la señorita de Carriazo. Tomás de Avendaño, vuelto a su primitiva condición de caballero, se convierte en el prometido de Costanza. El corregidor de Toledo es pariente y amigo del señor de Carriazo; la señora del corregidor viste a Costancica con unos vestidos—puntualiza Cervantes—de una hija que tenía de la misma edad y cuerpo de Costancica, y si parecía hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecía cosa del cielo; tan bien le cuadraban, que daban a entender que desde que nació había sido señora y usado los mismos trajes que el uso trae consigo.

Bodas solemnes y rumbosas en la imperial ciudad. La señorita de Carriazo es la señora de Avendaño. Los novios han marchado a Burgos; de Burgos han ido a vivir los recién casados a Salamanca, que Tomás quiere concluir en la famosa Escuela sus estudios. Costancica viste ahora ricas telas; no hay señora más elegante en la ciudad del Tormes. Los Maldonados, los Aguileras, los Alvarez de Toledo convidanla siempre a sus festines y banquetes; hasta los escolares celebran a doña Costanza en trovas platónicas y comedias.



SEGISMUNDA. CUADRO DEL GRAN PINTOR INGLÉS WILLIAM HOGARTH

Tiene Costanza una maravillosa sonrisa: sonrisa de señora que ha sido mesonera, de mesonera que — sin esfuerzo alguno — se ha convertido en señora; sonrisa de mujer que sabe el secreto de su nacimiento, que calla grandes cosas, que todo lo intruye y lo penetra todo; sonrisa de muchacha que en todas partes vive a sus anchas, dominando las situaciones; sonrisa de hembra que, al obedecer, ordena, y al ordenar, obedece a un oculto designio de su naturaleza.

Acabados los estudios de Tomás en Salamanca, Costancica se asienta definitivamente en Burgos. Se ha recogido la

madeja de oro de sus cabellos; de su cintura ya no pende el manojo de llaves de la posada. A la orilla derecha del Arlanzón, fuera de las murallas, allí donde viven los nobles y caballeros, tiene su casa solariega Costancica; una ancha casona hidalga, de patio primoroso y de bellos artesonados. Las estancias son alegres y sonoras; anchos bufetes, riquísimos estrados las decoran. Las arcas están repletas de vasos de plata y de finas sábanas de Ruán.

Los futuros señores de Avendaño —unos angelitos rubios, caribobos y parleros— abrazan a todas horas el cuello

de alabastro de Costancica y atruenan la casona con los agudos gritos de su alegría.

Tomás — el mozo pícaro y andariego de antaño — acaricia con reposo la barbilla de su mujer y revuelve sabiamente, con los dedos nerviosos y ágiles que conocieran los dados, bolos, barajillas y demás cuentos de la almadraza, la cabellera de oro sujeta en Toledo con dos cintas blancas de hiladillo.

¡Ah, tiempo amigo, tiempo calmante, tiempo bienhechor, mago que conoces los anhelos de los hombres y tienes en tu poder la llave de su ventura! Ahora Costan-

cica sonríe, y sus ojos azules, que parecen posarse sobre el Arlanzón y contemplarlo rendido a los pies del castillo que destaca su atalaya en el altozano más prominente de la ciudad, sus ojos azules no contemplan el río, ni el castillo, ni los torvos y ceñudos rostros de los condes castellanos en la Puerta de Santa María. Los ojos de Costancica tienen realmente delante de sí la imagen de aquella buena mujer, ya muerta, a la que Costancica quiso como madre en el mesón del Sevillano.

José SANCHEZ ROJAS

PERSONAJES.-LOS CRIADOS DE OSCAR WILDE

Lo mismo los pintores que los escritores, tienen sus personajes favoritos. Tipos para cuya composición se les muestra más propicio el pincel o la pluma. Estos personajes los repiten en casi todas sus obras, como el folio de cada lienzo o de cada página. En Velázquez son los enanos. En Rubens, el desnudo femenino. En Murillo, los ángeles. En Shakespeare, los bufones. En Molière, los médicos. En Rabindranath Tagore, los niños. En Valle Inclán, los mendigos...

Como el color o la forma, los personajes predilectos llegan a constituir elemento de estilo, y estudiándolos se descubre el temperamento del artista que los crea. Son como el hilo dorado de Ariadna. Y estos personajes, que la mayoría de las veces no son sino figuras de segundo término, considerados parcialmente, son, en cambio, si se estudian en conjunto, el eje de la obra total, el apellido artístico de cada autor.

En las comedias de Oscar Wilde los personajes más frecuentes son los criados. Verdad es que criados suelen salir en la mayoría de las obras de teatro; pero los criados de Wilde no son figuras esfumadas, sino que están dotados del suficiente colorido para que se les tenga en cuenta. Si de las comedias del sutilísimo y paradójico escritor irlandés se arrancaran los criados, perderían aquellas mucho de su condición especial, de esa distinción que las destaca de las demás, dándolas una valoración de comedias elegantes. Oscar Wilde, como el famoso aristócrata Horace Walpole, tuvo la misma «pose» de «dilettante» y del «dandy» buscando, sin tregua, lo refinado. Para el fin de su preocupación los criados son imprescindibles, puesto que precisamente lo que da el tono a los señores son sus lacayos. La servidumbre es el pedestal sobre el que se alza el señorío. Los criados de Oscar Wilde son el elemento más decorativo de sus comedias. Son criados de raza, que visten irreprochablemente la librea y que saben caminar al paso detrás de sus amos, conduciéndoles el abrigo de pieles, doblado, al brazo.

Todo el teatro de Wilde, su breve teatro cortado en flor, no es sino el afán de finura que perfumaba las páginas del maravilloso escritor. Un guante tiene mayor importancia que una pasión. Para Oscar Wilde el asunto es lo de menos. El estilo lo es todo—como él mismo dijo—, y fiel a este concepto, se recrea poniendo de relieve en sus comedias ese mundo frívolo y luminoso de los salones templados, de los vestidos de última moda, de los modales educados. Es teatro de ingenio, en donde el diálogo arma toda la comedia. La facilidad sorprendente del autor para conversar, le lleva a escribir para la escena. De todas las formas de la literatura, la más ade-

cuada a sus disposiciones es el teatro, ya que en la comedia podía servirse de su don exquisito de conversador. Andrés Gide, en su opúsculo sobre Oscar Wilde, considera a «Una mujer sin importancia» y a «Un marido ideal» como las comedias más curiosas, significativas y originales del teatro contemporáneo. Y Arthur Symonds declara que son las más ingeniosas del teatro moderno. Es posible. Pero lo que está fuera de toda duda es que son las más señoriales.

Los criados de Oscar Wilde hemos dicho que son criados de raza. Educados desde pequeños en el oficio de servir, saben a maravilla cumplir con su cometido. Si alguno de ellos tuviera que solicitar ser admitido en casa de otro amo, le bastaría decir: «He sido criado de Oscar Wilde», para que, sin otros informes, quedase admitido desde luego. No hay cuidado que cometan una de esas atroces faltas que pueden desacreditar, no ya a ellos mismos, sino a sus propios amos. Saben cumplir admirablemente con su obligación. Se les puede encomendar, sin peligro, los encargos más comprometidos..., hasta el de llevar esa carta tan difícil, por lo fácil de caer en manos del marido. En ellos se realiza su cometido prodigiosamente. En la descripción del decorado del tercer acto de «Un marido ideal», el propio Wilde presenta al mayordomo de lord Goring diciendo que la nota característica de Phipps es su impasibilidad. Algunos entusiastas—agrega el autor—le han proclamado el mayordomo ideal. La Esfinge no es tan misteriosa. Su porte le crea una máscara impenetrable. La historia no sabe nada de su vida intelectual o emotiva. Representa el triunfo de la forma. Así es, en

efecto. Sabe comprender y callar. A cuanto el comunicativo y locuaz lord Goring le dice, Phipps responde invariablemente: «Sí, señor.» Contestación que le acredita estar bien enterado de esa filosofía de tática, tan imprescindible para todo buen criado. Phipps tiene, entre otras, la misión de comprar cada día a la florista la flor para el ojal de la solapa de su amo. ¡Qué admirablemente cumple este cometido! Un cincuenta por ciento de los éxitos de salón de lord Goring se deben a su criado, al gusto que pone todos los días al elegirle la flor.

La curiosidad, que es una falta imperdonable en los criados, no la tienen los de Wilde. Son incapaces de aplicar el oído detrás de las puertas, ni de mirar por las cerraduras. Estas faltas hacen caer en la vulgaridad a los criados. Los de Wilde permanecen graves, mudos; no hacen comentarios ni murmuran; son siempre impasibles.

—¿Oíste lo que estaba tocando al piano, Esteban? — pregunta Archibaldo en «La importancia de ser formal».

Y Esteban, el criado, que se hallaba en la estancia inmediata arreglando el servicio de té, contesta estas palabras, que son todo un tratado del perfecto criado:

—No me pareció correcto escuchar, señorito.

Basta esto para acreditar a Esteban como criado correctísimo. ¡Ni siquiera se toma la libertad de escuchar lo que su amo toca al piano!

También este criado nos ofrece ocasión de pulsar su conducta ejemplar. Esteban se hace cargo de cuanto se oculta detrás de las palabras de su amo y no duda sacrificarse por él, con esa fidelidad de perro terranova que caracteriza a los criados de raza. Archibaldo, que se ha comido los «sandwichs» de pe-

pino que estaban destinados a su tía, lady Brackell, mira espantado el plato vacío y pregunta a Esteban:

—¿Cielos, Esteban!... ¿Dónde están los «sandwichs» de pepino? ¿No te los encargué especialmente?

Esteban comprende a su señor. Se da cuenta de lo que ha sucedido y, con el mayor aplomo, dice delante de lady Brackell, echando sobre sí la responsabilidad:

—No he encontrado pepinos en el mercado esta mañana, señorito. Y eso que fui dos veces.

Otro de los rasgos que más distinguen a los criados de Oscar Wilde es la conciencia de su cometido. Cumplen con su obligación perfectamente. Nada falla en ellos. Ejecutan su trabajo con precisión mecánica. No se hacen repetir las órdenes. La más leve indicación les basta.

—¿Cuíde usted de pronunciar con claridad los nombres de los invitados, que algunas veces no se le oye bien. ¿Entiende usted, Parker?

El criado de lady Windermore — «El abanico de lady Windermore» — no se hace repetir la indicación. Comprende que aquella orden obedece a algo que no es lo que parece, pues está seguro que siempre pronuncia con claridad los nombres de los invitados. ¿Es que aquella noche hace falta poner especial cuidado, a causa de alguna razón íntima de sus amos? Pues bien; él, Parker, el criado pundo-noroso, se esmerará lo posible.

En efecto; no se ha engañado: hay una razón íntima. Lord Windermore acaba de decir a su mujer que ha invitado a Erlynne, señora que tiene una reputación desdichadísima. Como es de suponer, lady Windermore protesta. No quiere ver a semejante señora en los salones de su casa. —No sabe que es su propia madre. ¡Oh, las artificiosidades de Wilde! —Per eso previene al criado que pronuncie con toda claridad los nombres de los invitados que vayan llegando.

Y cuando llega el instante, el gran instante de Parker, el criado se crece, se da cuenta de su cometido y su voz adquiere un timbre insospechado. Pronuncia los nombres casi deletreándolos. En ese acto, aunque el público no se da cuenta de ello, es el criado el personaje central. En él radica el interés del momento. Permanecemos atentos a sus palabras, esperando oír el nombre aguardado.

—Lord Plindale... Lady Cowper...

Vibra la voz del criado anunciando a su ama los invitados. Es voz clara, pastosa, que parece estereotipar los nombres en el oído.

—Lord Dumby...

Parker está en el foro, junto a la amplia puerta acristalada. Se vuelve un poco hacia el escenario cada vez que anuncia...

—¡La señora Erlynne!

José CASTELLÓN

TUS OJOS EN MI NOCHE

I

¡Cómo miran esos ojos,
esos ojos donde amor
puso el fuego y el dolor!

Centinelas de la sombra,
ardiendo sobre mi noche,
han formulado un reproche.

¿No puse mi voluntad
en quererte? ¿Por qué entonces
tienen mirada de bronce?

Implacables y perennes,
carbones de pesadilla,
son como pena que brilla.

Tan extraño es su fulgor
sobre mí e irradian tanto,
que su luz es luz y es llanto.

Llanto y luz que hasta mí ser

como un amargo gemido
llegan de un mundo perdido.

Mundo que fué juventud
ahogada en noche sombría,
falta de fe y alegría.

II

Eso me dicen tus ojos,
esos ojos donde amor
puso el fuego y el dolor.

Ellos me acusan, y así,
—tal un culpable que fuera
a un tiempo víctima y fiera—,

¡yo no sé por qué no puedo
resistir a los enojos
que son incendio en tus ojos!

Alberto GHIRALDO



EL MÁS BELLO RINCÓN
— DE ESPAÑA —

LA PEÑA DE SAN JUAN DE GAZTELUGACHE



Don Fermín Salazar es de Lequeitio. Retirado en su casa solariaga, y contemplando el mar de su Vizcaya, desprecia ese trajín de pandereta que ciega a los logreros españoles. Es noble, caballero y orgulloso.

Su pariente don Carlos de Velasco, en Burgos ha nacido. Los Velascos, de antiguo, fueron rama del tronco mediceval de Castañeda, que, con los Salazar emparentados, sembraron por España sus grandezas. También es orgulloso, noble y caballero don Carlos de Velasco. Se quieren y respetan los dos primos; mas a diario discuten cortésmente. Ayer, en mi presencia, discutieron sobre el tema de siempre.

—No es Vizcaya la tierra que tú crees de colorines; eso será Bilbao, Bilbao moderno, Bilbao de enriquecidos hace poco, hijos de mis caseros. Ni sus «chalets» ridículos fueron nunca solares vizcaínos. Mañana hemos de ver Gaztelugache, la ermita secular donde no llegan los ruidos de los autos.

★

De lo más alto del cabo Machichaco descienden los senderos de montañeses. A nuestros pies rugía el rudo mar vizcaíno, rebordeando con su fustón de espuma la isla de Aqueche y la lejana peña de la ermita. El intenso verdor de la montaña, salpicado, aparecía con el rojo sombra de los tejados caseros, perdidos entre argomas y jarales. En el lejano azul, las blancas velas pescadoras a Bermeo volvían. Y por enhiesta peña que en el mar avanza, un vía crucis serpentea, invitando a su ascenso al peregrino. Los sillares de un muro perforado, tosco puente que le une con la costa, señala el final del descenso monta-



Núm. 33.—... rugía el rudo mar vizcaíno... Lema: VIZCAYA.

ñoso. Ascendimos a lo alto de la peña, donde en una hornacina se venera de San Juan la cabeza degollada en un plato sangriento.

—Esta es Vizcaya—don Fermín nos dijo—. Aquí sólo se escucha del romero los rezos en vascuence. Tan sólo se contempla la montaña y el anchuroso mar de

mis mayores, por el cual con sus buques se lanzaron a la conquista de lejanas tierras. Aquí no llegan miserias cortesanas; nada importa que cambie el Ministerio, ni hace falta el chin chin de los metales, que la histórica peña sabe celebrar sus romerías con el aurreacu de la tierra vasca, que al son del tamboril bailan sus hijos. Esta es Vizcaya, don Carlos de Velasco; allá a lo lejos, la augusta sombra del árbol de Guernica cobija estas montañas y rincones; no llega a ese Bilbao de enriquecidos que se alarga en la ría sembrando de abalorios sus riberas.

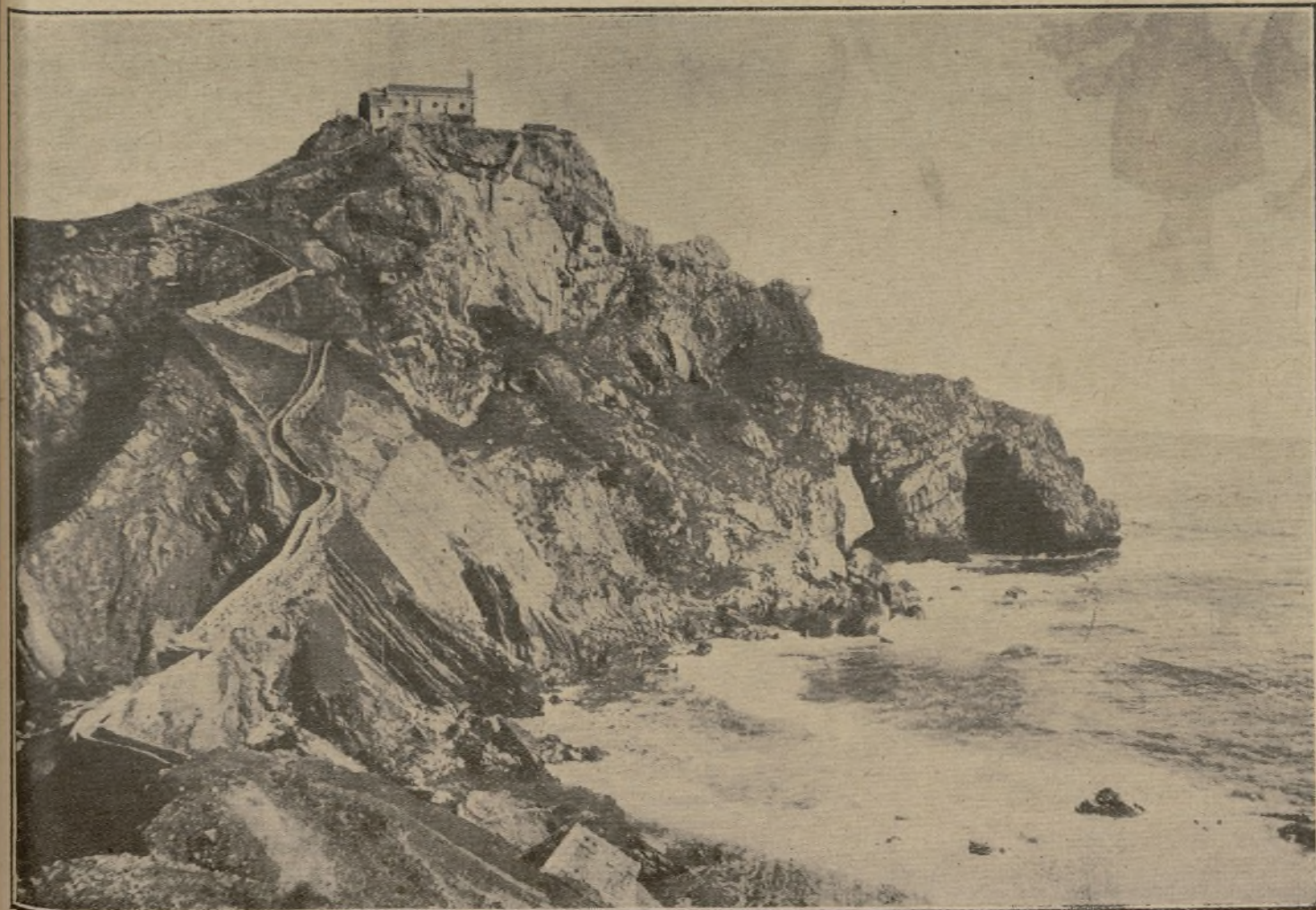
★

Y su pariente se quitó el sombrero.

—Saludemos al árbol de Guernica. A su sombra juraron los Fueros más mayores. En Munguía las huestes gamboinas un Velasco mandaba. Un Nájera fundó rica abadía sobre esta roca de la tierra vasca, hace más de ocho siglos. Don Pedro de Castilla a ese puente llegó, no más delante, porque los monjes guerreros de la peña levantaron pendón por otro castellano que eligieron señor del señorío. De la España católica, baluarte fueron estos destrozados muros contra el pirata Draque. Y Echaburu mandó la huestes vizcaínas que, entre mezcladas con tropas de Laredo, defendieron San Juan con el Felipe cuarto, rechazando al arzobispo de Burdeos.

Si ésta es Vizcaya, podrá decirte el secreto de sangre de estos muros por qué lucharon juntos en Lepanto abuelos míos con abuelos tuyos.

Sonaba el tamboril allá a lo lejos, y por escucharle mejor callaron ambos, apoyándose juntos sobre el roto adarve.



Núm. 34.—De lo más alto del cabo Machichaco... Lema: VIZCAYA.

Fernando DE ORMAZA /

El brazalete de la princesa Coralina

CUENTO PARA NIÑOS POR MARÍA BERTA QUINTERO

ERAN Acacia y Celinda dos hermanas muy bonitas, hijas de un pobre y honrado leñador. Un día, su buen padre sintióse enfermo y fué preciso que ellas marcharan al no lejano bosque en busca de leña.

La madre las abrigó lo mejor que pudo, dándolas su saya para que se cobijasen si nevaba, proveyéndolas de lo necesario para su trabajo y pan y nueces para su comida. Colmándolas de caricias, las dijo regresaran cuanto antes y tuviesen cuidado para no resbalar.

Las niñas partieron animosas.

Había nevado tanto, tanto, que los caminos hallábanse cubiertos; era todo una gran llanura muy fría, muy blanca. Pero no se preocuparon, porque allá, donde el cielo y la tierra parecían unirse, divisábanse unos puntitos: eran los árboles de la selva.

A los pocos pasos, encontraron a una mendiga. Acacia, indiferente a su ruego, quiso continuar la marcha. Celinda se detuvo, y dando a la anciana un pedacito de su pan:

—Tome, abuelita—la dijo—. Bien quisiera no ser pobre para poder socorrerla mejor...

—Más vale ante Dios, pequeña—repuso la viejecilla—, este trozo de tu pan, del que te privas, que la limosna del rico, que da lo que le sobra. Pero yo también quiero daros algo; acaso pueda seros útil.

Y entregó a cada una un bastoncillo.

Tomólo Acacia con sonrisa despectiva, y apenas continuaron su camino, arrojándolo lejos.

—¡Qué vieja más tonta!—dijo con enojo—; se figurará que nosotras necesitamos apoyo como ella...

Celinda contestó con dulzura:

—Si no tenía otra cosa con qué obsequiarnos, ¿por qué no agradecerla este bastoncillo?

Y sin detenerse en su ruta, jugaba con el suyo, ora arrastrándolo por la nieve, ya escribiendo en ella nombres. Porque habéis de saber, lectorcitos queridos, que habían ido a la escuela algún tiempo, aunque eran tan pobres.

A la entrada de la selva encontraron a un anciano, casi ciego, que imploró una limosnita. Celinda, compadecida, olvidada de sí, apresuróse a socorrerle con otro pedacito de pan. El mendigo puso su mano temblona sobre la cabecita de la niña para bendecirla.

—Toma, linda pequeñuela—dijo luego—; no tengo otra cosa que darte, y bien quisiera poderte ofrecer oro y diamantes, menos bellos que tu corazón.

La dió un gran trozo de cordel.

—Tira eso—la dijo Acacia, apenas se hubieron separado del anciano—. ¡Pues vaya unos obsequios que nos hacen!

Celinda, sin contestar, había guardado el extraño regalo.

Después de comer, las niñas pusieron a trabajar.

De pronto, vieron correr hacia ellas, suelto el cabello, desgarrado el vestido, a una linda pequeñuela.

—¡Amparadme, por favor!—suplicó—. Mi madrastra me persigue. Me ocultaré en el hueco de esa encina; poneos delante para que no me vea.

Como lo decía lo hizo, acurrucándose como pudo en el providencial refugio, ante el que las dos hermanas acumularon la leña cortada, sentándose encima.

Al poco rato, llegó una horrible vieja, que más parecía una bruja que una mujer, profiriendo gritos y amenazas, mientras blandía una estaca.

Las niñas, sin asustarse, siguieron comiendo nueces para disimular mejor.

—¿La habéis visto?—preguntó la madrastra, girando en torno suyo una mirada de hiena.

—Oye, ¿cómo te llamas?

—Alina; ¿y vosotras?

—Acacia, mi hermana, y yo, Celinda. Pero dime, ¿qué hiciste para enojarla?

—Verás. Hace tiempo, vino el rey de caza al bosque, con la princesa Coralina, sus damas y muchos caballeros. La princesita perdió un brazalete que la gustaba muchísimo. Lo buscaron, sin encontrarlo, y regresó a Palacio llorando. Yo lo vi todo desde un árbol, al que me subí para verlos pasar. Casualmente, yendo por leña con mi madrastra, encontré el brazalete. La pregunté cuándo iríamos a devolverlo a su dueña, y ella me contestó golpeándome y quitándome lo. Quiere venderlo, porque dice que la

nuestro padre te acompañará a Palacio.

—¿Y si nos encuentra?

—No ha de conocerte; ya verás. Anda, salte de ahí.

Puso la saya de su madre a Alina, mientras ella recogía el cabello, y poniéndola el pañuelo a la cabeza, muy echado sobre los ojos, la dijo se fingiese una vieja mendiga, mientras hacían los haces.

—Tengo que ir por el brazalete; lo tengo enterrado cerca de aquí.

—Espera; llevarás un hacecillo a la espalda.

En vano buscaron la cuerdecita que su madre las diera; habíase perdido. ¿Cómo atar la leña? Miráronse consternadas. De

pronto, Celinda recordó el regalo del anciano, y, sacando de su bolsillo el cordel, dispusieron tres haces, dando uno y el bastón a su amiga, que marchó lentamente, cual vieja rendida de cansancio.

Imposible que la madrastra la reconociera. Pronto estuvo de regreso con el brazalete, emprendiendo, gozosas, la marcha. A poco, cruzáronse con la temida mujer.

—¿Aún no la ha encontrado usted, señora?—preguntó Acacia.

—Aún no; la infame ha sabido huir bien. Pero ya estará en casa. Buena la espera.

Alejóse a buen paso, y con ella el peligro temido por Alina, pese al disfraz.

Al salir del bosque no encontraron al anciano. ¿Se había marchado? ¿Salieron por otro sitio? Tal vez, porque hallábanse desorientadas. Muy afligidas anduvieron las tres niñas, de un lado para otro, buscando el sendero. Era casi de noche y presentábase ante ellas una gran llanura muy blanca, en la que no podían divisar la choza. ¡Era tan chica!

De pronto, Celinda lanzó un grito de júbilo.

—¡El surco que iba dejando en la nieve mi bastoncito! Míralo, Acacia. ¿Ves cómo ni el más pobre don debe despreciarse? Por él estamos salvadas, y Alina...

Rieron, risueñas, y abrazáronse conmovidas. A buen paso siguieron la leve huella del obsequio de la mendiga, llegando felizmente a la cabaña, donde Alina fué acogida con bondad.

Y como la princesita Coralina se alegró mucho de recuperar su brazalete y el rey admiróse de la honradez de aquellas gentes humildes, quiso colmar a todos de regias mercedes, empleando al leñador en sus jardines y haciendo educar en un gran colegio a las tres niñas.

¿Y la madrastra...? No sé. Como Alina era tan buena, no quiso nombrarla para evitar la castigasen; pero malas lenguas afirman que se murió de rabia por no poder lucrarse con lo que no era suyo, ni matar a palos a su inocente y odiada hijastra.

María Berta QUINTERO

Dibujo de BARTOLOZZI.



—¿A quién, señora?—interrogó a su vez Celinda.

—A una chituela fea y sucia, desgredada y harapienta.

En su escondite, la pobre niña temblaba de vergüenza y de miedo.

—A ninguna chica de tales señas vimos, señora—repuso Acacia, en tono tranquilo.

—Ciertamente..., y es tan grande el bosque y pudo tomar tantas direcciones...

—Bueno, bueno—limitóse a responder, y se alejó sin sospechar que estaba hueco el tronco de aquella vieja encina.

Acacia reía entusiasmada del chasco que la dieron; Celinda pensaba cómo podrían ellas librar a la niña del furor de la terrible vieja.

Separando un poco la leña del escondite de su nueva amiga, pero sin atreverse aún a decirla que lo abandonase, la preguntó muy bajito:

princesa ya tendrá otro igual y no la gratificarán con esplendor. Pero yo lo cogí, en un descuido suyo, escondiéndolo para esperar el día en que pueda llevarlo a Palacio. Hoy quiso verlo, y no encontrándolo, comprendió la verdad. No he probado el palo gracias a vosotras.

—Pero tenemos que marcharnos—dijo Acacia—, y tú que regresar a tu casa y, al fin, tendrás que devolverla el brazalete.

—Eso, no; primero es mi deber de niña honrada. Mis pobres padres, que eran tan buenos, me enseñaron a no conservar en mi poder lo que sé pertenece a otra persona. Y ella no lo halló. Yo os lo doy y vosotras lo lleváis a Palacio. Luego diré lo que hice, soportando con paciencia...

—No; eso no debe ser—interrumpió Celinda—. Tú que la encontraste tienes que presentar la joya. Vente con nosotras y



MURCIÉLAGOS



NOVELA CORTA ORIGINAL DE HUBERTO PEREZ DE LA OSSA

RECHINABA aquel muelle débilmente, con sonido animal de ratoncillo despierto, en las entrañas de la crin del sofá. Y yo me entretenía en hacerle sonar con el mismo deleite con que hurgaba a mi perro o espantaba los pájaros de mi tía Desideria.

Con el sesterio me entraba tentación de fechorías, como si las mostelas del sol canicular flagelasen mis nervios con sus haces de fuego. Mi buena tía me llevaba al reposo del sofá de su alcoba y encarecía el grato descansar de la siesta.

—Anda, duérmete un rato, que hace mucho calor.

Allá en la plaza se mustiaban los árboles y tenían las piedras de los bancos arabescos morados, sombra de los herrajes y verjas del respaldo.

Por el filo entreabierto del balcón yo espía la plaza solitaria, con el ocre exaltado del suelo, el pardo-rubio de las casas fronterizas y el almagre de los tejados chatos. Era un cuadro ferviente de tierra no dormida, sino en vigor, con tinte de sangre de gigante y rostro de labriego; era un cuadro encendido que me daba deseos de correr hacia el sol, calle adelante, en una borrachera de vivos amarillos. Pasaba una mujer con la cobja de su falda a la frente y el paji-zo refajo como rancio de sol; algún chucuelo desarrapado y sucio que, como yo, sentía la embriaguez de la hora, corría al sol, dorado por el magnífico esplendor del estío. Y en la esquina, al precario sombrero de una acacia, esperaba una mula, presa entre los varaes de su carro, moviendo las borlas y madroños de que la enfaldillaban para espantar las moscas.

Yo sentía el frescor de la casa, húmedo ante el secano ávido de la calle, y una vaga intuición de la pereza blanda del bienestar me remordía con la fiebre de acción del sol lejano.

Quedamente escapaba a los pasillos, donde la luz cernida con tantas precauciones a veces consentía un resplandor pálido desde alguna ventana cubierta con descuido, y, huyendo vigilancias, salía a los corrales, mal hallados con el honor de ser patios ahora que no se hacía la vida campesina y no entraban rebaños, ni mulos con aperos, ni los carros repletos con tesoros del campo.

Una tarde de aquellas, tan calladas, en que el menudo paso de mi infancia vagando por el gran caserón no despertaba el eco, hallé a mi prima Elisa con el pobre Felicio.

Mi prima era muy blanca; la recuerdo patricia, con sus cabellos de oro y sus manos finísimas, siempre frescas y suaves, bajo un tapiz antiguo (tela de Filipinas, con un vuelo oriental de aves fastuosas). Felicio le tenía una mano cogida.

Yo me quedé mirándoles, un poco sorprendido, y Elisa me llamó haciéndome sentar a su lado, en el mismo banquillo de patas torneadas, cuya tapicería bordó una abuela nuestra.

¿Por qué Elisa buscaba misterio para hablar con aquel pobre chico? Felicio era un cuitado que entraba en nuestra casa por piedad de mi tía, que protegió a su madre, y todos nos motábamos un poco de su facha, de su andar desgarrado, de sus sueños absurdos.

—Ese pobre Felicio—afirmaba mi tío, que conocía la vida y hablaba en el Ca-

sino con gran autoridad — nunca dará provecho ni valdrá para nada.

—¡Cabeza de chorlito! Ha matado a su madre a fuerza de disgustos—dijo un día Quiteria, nuestra vieja criada, que por sus muchos años y sus buenos servicios tenía confianza para opinar en casa cuando no estaba el tío.

Hablaron en voz baja y Felicio se fué.

—¿No quieres a Felicio?—me preguntó mi prima cuando estuvimos solos.

—No—repliqué—, es muy feo.

—¡Es muy feo!—repuso y, al decirlo, sus ojos, que eran siempre muy dulces, aún brillaron más tiernos.

Hubo algo en su mirada, más que un



Vagamente, mi tía apoyó las palabras de Quiteria moviendo la cabeza, y mi prima calló. Yo cambié desde entonces cierta benevolencia chancera que sentía hacia el mísero mozo en un franco desprecio. «Es causa de la muerte de su madre», pensaba, y veía sus sonrisas fariseas y duros los ojillos crueles... De la insignificante fealdad de Felicio hice yo un monstruo avieso que procuraba huir, y ¡aquella tarde lo hallaba con mi prima, cogiéndole la mano!

razonamiento, que me obligó a decir:

—Es feo y, además..., es malo: ha hecho morir de pena a su madre.

Ella puso su boca muy cerca de mi oído y me dijo:

—No es verdad, no lo creas: Felicio es bueno.

Lo creí. Allá en el fondo, siempre había preferido ver al pobre Felicio como un ente ridículo, con su andar estevado y sus manos enormes, inútiles, colgando, fácil blanco de burlas, que como un criminal.

Se levantó la tía, y las criadas ya pudieron cantar y hablar riendo. Elisa se sentó junto a una reja, en una sala baja que se usaba en verano. Cosía lentamente, abstraída y extraña. Crujía una madera. Aquella vasta sala de ladrillos bermejos, limpios y relucientes, con sus sillas de anea y nogal torneado, me ponía pavor por un supersticioso culto de San Pascual. Encima de la cómoda, dentro de la hornacina estaba el pobre santo, sobre una montañuela, rodeado de ángeles que traían la Custodia. No era nada temible la rosada carita; tenía corderillos y flores a los pies. Mas decía Quiteria que anunciaba la muerte, y yo, en cada crujido la sentía llegar con dramatismo de negrura y de huesos.

—¿Vino alguien esta tarde?—nos preguntó mi tía.

Esperó un poco Elisa, que me estaba mirando de una manera extraña, y luego replicó:

—No, mamá; nadie.

—Me pareció oír la puerta.

—Pues no te sé decir.

Yo me fuí de la sala por no ver la mirada de Elisa y para que mi tía no me viese azorado. Ya era la tarde azul tras los bardales del patio de mi casa; yo estaba tan turbado que me puse a cantar.

Aquel viejo tapiz de los faisanes, con su policromía, era para mi vida, en la casa tranquila, un bosque de ilusiones, un recodo de ensueños, donde encontraba vena para las fantasías. El polvo de los años había ido agrisando los violentos colores. Los bermellones tiernos, púrpuras y escarlatas de las plumas bordadas tenían, con la pátina, una melancolía, una suave tristeza que les daba ese punto suficiente de amargura que requiere nuestra alma para amar. Era el suntuoso vuelo de aves como una fiesta de galas que se acaban, postrer lujo, recuerdo de un regio día mejor. Si hubiesen estado en plenitud cromática, con su fausto de Oriente, hubiesen agotado en una hora mi imaginación; en cambio, así, en sordina, permitían a mi ensueño ver dentro de sí mismo unos colores que jamás alcanzaron los tintes de la tierra.

Los días en que la lluvia, o el reuma, impedían a mi tío el salir, se trasladaba la «peña» del Casino a su despacho. En las amplias butacas de reps verde aceituna, en torno de la mesa del tresillo, se hacía la vetusta tertulia y se hablaba de caza, de las plagas del campo, de dudosas cosechas. Yo, a veces, escuchaba el hablar de los viejos, vagamente, aburrido, evocando los montes con marañas de espinos, tomillos olorosos, romeros y retamas. Veía las diminutas florecillas moradas, la corola oro viejo de mil flores sin nombre, las erguidas cabezas de los cardos feudales y, entre olientes sabinas y carrascas rugosas, el vuelo aristocrático, blanco y negro, de urracas sedenas y caudales.

Pero pronto dejaba aquel campo, entrevisto por el curvo ventanil de la galería en días de camino a las haciendas, para volver al absurdo paisaje del tapiz. En él, con mi escopeta y mi perro de felpa, cazaba yo en los días mustios, interminables, en que no iba al «Collado» a jugar con los chicos.

Para que la ilusión fuese más grande, cargaba la escopeta con su menuda fle-

che, azuzaba a mi perro y apuntaba al tapiz. Pero no disparaba: hubiese agujereado la tela inútilmente. Lo sabía muy bien y, sin embargo, apreté aquella tarde el gatillo, salió la flecha disparada y el tapiz respondió con un lamento. Allí mismo, delante de mi perro de felpa, vino a caer maltrecha la pieza aleteante.

No me atreví a avanzar, sobrecogido, observando el tapiz, buscando acaso el hueco de la falta de aquel pájaro herido que tenía en el suelo; mas los bellos faisanes con sus plumas de púrpura seguían en la tela, y en la selva revuelta de alas, colas, cabezas, no faltaba ninguna.

Me acerqué, temeroso, en busca de mi pájaro. Era negro. Sin duda, alguna golondrina. Por la puerta entreabierta de los patios, sobre el trozo de cielo de color de amatista y las tejas mojadas, veía las golondrinas trazando las parábolas seguras de sus vuelos.

No era una golondrina, era un pobre murciélago...

*Morceguillo, ven,
que te llama el cascabel
para darte pan y miel,*

cantaban los rapaces, saliendo en el crepúsculo, armados de altas cañas, a caza de murciélagos. Yo, en el tapiz fastuoso, con mi linda escopeta y mi perro de felpa, había conseguido un morceguillo. Me sentí un poco humillado, como si me acabase de tizar las narices al comer un pastel. Estaba herido en mi dignidad de niño bien educado, rebajado al nivel de los chiclelos astrosos de la calle que cantan el pregón de la nefanda caza de los murciélagos, rito negro en pueriles crueldades.

Sin embargo, no podía dejar aquel bichejo allí; se iba a saber seguramente... ¡Oh, si al menos anduviese allí cerca el Morazo, nuestro recio celador de despenas! No era yo muy amigo del gato; pero entonces, para que me librase de aquel sucio botín, lo deseé con ansia. El gato no llegaba, y me pareció oír el lento paso del marchar de mi tía.

¿Qué hacer? Fuíme acercando al pobre animalillo, que aún seguía en el suelo debatiéndose; el dorso rastreaba y las alas, una de ellas sangrando, buscaban con desesperación un equilibrio que diese al pobre bicho posición más normal. Me dió tal pena que, cuando viendo los escrúpulos me resolví a cogerlo, no lo pude tirar y, blandamente, me lo llevé a mi cuarto para curarlo allí, cual me curaban mi prima o la Quiteria con agua timolada los rasguños y heridas que me hacía al caerme.

En la escalera, Morazo me acudió, la cola erguida, mimoso y demandón. Entre mis manos, tembloroso, el murciélago tenía un tacto blando y un poco repulsivo. Me vino el mal pensamiento de abandonarlo en las uñas del gato; pero el tibio temblor de aquella vida en mis manos hizo eco en mi piedad.

Encerrado en mi cuarto, le curé como pude, y luego le hice casa en un estuche viejo, con algodón en rama, un trozo de bizcocho y una tacita de agua.

A la noche, mi prima, cuando vino a acostarme, estaba silenciosa. Llevaba varios días, desde la siesta en que la descubrí hablando con Felicio, en gran preocupación. No habíamos hablado de aquello. Su mentira y mi silencio fueron una complicidad tácita que me ataba más estrecho al cariño de sus ojos suavísimos y de sus bellas manos. Yo, que había aprendido a guardar los secretos, tampoco dije nada de mi aventura, y ella, luego, al besarme, me apretó las dos manos como a un hombre y se fué.

Raramente se abría la gran sala de muebles tapizados de seda, con sus dos confidentes cóncavos como barcas, la mesita de ébano llena de porcelanas, la consola dorada y los grandes espejos. Los días de ordinario venía poca gente: visitas que mi tío pasaba a su despacho, o amistades antiguas, que entraban en la sala de estar de la familia. Sólo en fiesta de días, en que toda la casa se llenaba de extraños y estaba el comedor siempre dispuesto, se quitaban las fundas, se abrían los balcones de la sala mayor.

Dos días bien cumplidos se llevaba la sala en disponer su alioño. Trabajaba Quiteria y le ayudaba Elisa, y, a veces, hasta yo, lleno de buen deseo, frotaba con un paño los dorados bolicheos que alzaban las cortinas; luego, quedaba todo reluciente y dispuesto para que lo ensuciáran los sesudos varones, las damas melindrosas y los enamorados galanes de mi prima.

—¿Qué tendrán los zapatos de don Dimas, el párroco?—decía la Quiteria—. Lo que es donde él se sienta queda huella en la alfombra. Mire: el año pasado, para San Desiderio, se sentó en este lado. Y el día del Señor, estuvo aquí. Ahora será preciso darle vuelta a la alfombra, pues si vuelve a sentarse dos años sobre el mismo sitio, no deja ni la trama.

—Mi tía se callaba; mas miraba con pena hollado el tapiz que heredó de su madre, y suspiraba luego, sin auda lamentándose de que aquel buen señor que miraba a la Gloria, tan firmemente asentase las plantas en el suelo.

—Señora, cuide usted—continuaba Quiteria—de que don Atanasio, el director del Instituto, se siente hacia este rincón, cerca de esta escupidera.

Desde hora muy temprana, el día de San Pablo o el de San Desiderio, empezaba la fiesta. De mañana llegaban colonos, empleados que estaban a las órdenes de mi tío, mujeres que sirvieron en casa. Yo, siempre que podía zafarme de los besos y las fiestas, lo hacía escabullendo el bulto; sólo cuando llegaba aquel don Atanasio, que temía Quiteria, solía hacerme presente, porque el menudo viejo de patillas y gafas, al cogerme la cara, siempre me preguntaba:

—¿Cuándo vas a venir al Instituto? ¿Tienes ya ganas, mozo?

—Sí, señor—contestaba yo invariablemente.

Y era mucha verdad. Yo había leído aquello de las fábulas: «que en vuestros tiernos años—al templo de Minerva—dirigís vuestros pasos», y me parecía que el templo de Minerva era el Instituto; así es que cuando aquel señor me tomaba la barba, yo me levantaba sobre las puntas de los pies para parecer más alto y que don Atanasio le dijese a mi tío que ya podía llevarme al templo de Minerva.

Mientras allá en la sala se hablaba gravemente, en torno de mi prima rondaban los galanes: Pepe, Carlos, Enrique, Abelardo, Guillermo. Llevaban altos cuellos almidonados, leves corbatas de lacito o de nudos estrechos con una amplia caída; sus trajes, bien cortados, sobre la petulancia de los talles airoso, tenían un empaque seguro del efecto. Mi prima sonreía, elegante, vistiendo un traje de color rosa muerto, que realizaba un claro cinturón verde pálido.

—El amor es un santo tormento—diseñaba Guillermo, con voz suave y una laxitud falsa a sus diez y nueve años.

Tenía el cabello lacio, muy largo y muy cuidado. Amaba los nemifares, las orquídeas exóticas, los ópalos, las gemas, y hablaba de Bigancio y de Gabriel Rossetti. La gente le llamaba *modernista*, riéndose; yo le compadecía, porque en nuestra ciudad la primavera sólo abría grandes rosas que prendían las

chicas a sus cabellos negros; no había flores raras, y los nombres extraños que él solía pronunciar, y que yo no entendía, me parecían siempre nombres de enfermedades.

Pepe era un gran ciclista; tenía la piel sana y rubia, dorada del sol de los caminos. Abelardo no hablaba, pero reía siempre, con los robustos dientes de marfil y los ojos profundos, muy brillantes.

Cuando más animados estaban en su charla mi prima y los galanes, llegó el pobre Felicio. ¿Por qué no habría venido por la mañana? Ahora producía un contraste con su traje raído en medio de los jóvenes, que causaba tristeza. Quiteria le miró de malísima gana, y yo, a pesar del poco afecto que le tenía, pensé en llamarle aparte; pero él se había sentado a un borde del sofá que le cedió Guillermo, retirándose un poco con un profundo hastío.

Le ofrecieron un plato con dulces y una copa esbelta de licor; lo tomó él zurdamente, derramando la copa sobre los calcetines color malva de Enrique, y se pringó de dulce la mano y la corbata.

Con un gesto de príncipe que atiende a un pordiosero, le preguntó Guillermo:

—Me han dicho que usted pinta. ¿Me daría un gran gusto mostrándome sus cuadros?

Felicio, enrojeciendo, respondió atropellado:

—El día que usted quiera.

—Le cojo la palabra; iré por su *atelier*. Ya es tiempo que se haga arte en este horrible pueblo.

—¿Y por qué no lo haces tú, preciosidad?—dijo Carlos, con sorna.

—Yo, hijo mío, lo consumo. Consumir arte ya es bastante.

—Más te valdría—saltó Pepe, grosero—consumir buenas *magras*, porque estás en los huesos.

Guillermo no hizo caso y siguió preguntando, con una humilladora atención, al artista:

—¿Y qué tendencias sigue usted en el arte? ¿Cuál es su estética? ¿Conoce usted a Cezanne, a Saurat? ¿Y a los ingleses Dante Gabriel, Burnes Jones...?

La cara de Felicio mostraba la sorpresa del que oye pronunciar por vez primera nombres que no comprende; los otros, aunque estaban tan ajenos como él a la pintura de los impresionistas y al prerrafaelismo que adoraba Guillermo, reían la humillación de aquel intruso que osaba entrar con ellos en lides de conquista por el amor de Elisa.

Yo miré entonces a mi prima, creyéndola indignada con Felicio, que hacía tan extraño papel entre sus pretendientes; pero Elisa tenía los dulcísimos ojos puestos en el artista, con mirar más tierno, como en compensación. Abelardo, al notar, tuvo un duro comentario de rabia en el profundo lumínar de sus ojos.

Hubo un breve silencio; Guillermo, contemplaba las puntas luminosas de sus uñas rosadas. Pepe irguió el busto hercúleo, y la voz de don Dimas sonó desde la sala.

—Eso, con unos parches de cebolla picada...

Vinieron mis amigos Paco y Laura. Paquito es muy nervioso, lo cree todo, se asusta, abre sus ojos grandes y grita de entusiasmo. En cambio, Laura escuchaba siempre como algo incrédula; tiene ya compostura y astucia de mujer. Sin duda teme, en un presentimiento, que la han de engañar mucho, y de todas las cosas tan sólo le interesa saber si son verdad.

Aquella tarde, ya cansados del juego, nos sentamos enfrente del tapiz de las aves. Se han agotado todos los motivos de charla... A mí me acucia un ardiente

deseo de decir mi secreto; pero resisto y callo.

Paco rompe el silencio.

—¿Sabéis? Luis fué de caza, hace muy pocos días, con su papá y su primo.

—No es verdad—dice Laura.

—Sí, mujer, sí; lo ha visto, cuando volvía, mi abuela.

—¿Tu abuela?

Duda, acaso, la pequeña y se calla.

—Yo también fui de caza—salto, al fin, con tal ímpetu que me asombro a mí mismo.

—¿Tú? ¿Cuándo?

—¿Cuándo has ido?

—Anteayer, aquí mismo.

Y como sobrepasa mi aventura los miedos de las cosas corrientes, sigo:

—No lo creeréis: yo cacé en el tapiz.

—¿Cazaste un pájaro de tela?

—No, uno vivo. Os lo puedo enseñar.

—Sí, a ver, a verlo.

Laura no se molesta en dudar esta vez; ¡es tan absurdo lo que estoy contando!

—Anda, ve a por tu pájaro—dice Paco, anhelante.

—Sí, señor, que se vea—añade, muy burlona, la niña.

Yo comienzo a subir la escalera en busca del murciélago. Ya está el pobre curado de su herida en el ala, y hasta le hice comer algún pedazo de bizcocho mojado, como tía Desideria da a comer, en la punta del dedo, a sus canarios. Mas, de pronto, me acuerdo de que el pobre murciélago es muy feo, sin gracia, de torpes movimientos. Recuerdo el papel triste de aquel pobre Felicio puesto entre los galanes de mi prima, y se enfrió mi entusiasmo, primero, mi vanidad pueril. ¿Qué hará mi pobre bicho en manos de los niños, sufriendo comparanzas con los bellos faisanes del tapiz del pasillo? No, no quiero las burlas, las frases compasivas. Prefiero la vergüenza de parecer un fatuo que reluce fanfarrón que no puede mostrar. Me vuelvo lentamente.

—¿Y el pájaro?

—Venga. ¿Dónde le tiepes?

—Hoy no puedo enseñarlo.

—¿Por qué?

—Porque es muy tarde.

—Bueno, y ¿eso qué importa?

—Es que... ya está acostado. Se acuesta temprano—les replicó triunfante.

Paco no se conforma y protesta y porfia. Laura dice, burlona:

—Es muy dócil tu pájaro. Se acuesta tempranito, como los niños buenos.

Me desvelé a la noche pensando en el murciélago. ¡Es el pobre tan feo! Yo lo quiero, sospecho que es bueno y que me quiere. Su tímida mirada me dice muchas cosas. Pero tiene unas alas de pellejo viscoso, un cuerpo miserable y un aire repulsivo. Cuando ya iba a dormirme, oigo junto a mi cuarto un débil cucicheo. Me asusté. Era muy tarde; hacía mucho rato que oí pasar a mis tíos camino de su alcoba. ¿Serían los ladrones? Fué tal el susto el que a este pensamiento oprimió mi cerebro, que no pude gritar, ni tan siquiera moverme de la cama. Helado, y oprimiendo con fuerza los colchones, tuve una hiperestésica agudeza de oído que me dejó escuchar lo que se hablaba.

—Calla, pueden oírnos.

—Mejor; si estoy dispuesta y me siento tentada a dar gritos que se oigan al extremo del pueblo.

—¡Por Dios, Quiteria mía!

¡Quiteria! Esta palabra fué una revelación; reconocí al momento la otra voz angustiada: era mi prima Elisa.

—Te oí al abrir la reja—continuó la criada—, y lo vi claro todo. ¿No lo comprendes? Busca el comprometerte, que la gente se entere. ¡Qué escándalo! ¡Un in-

¿Un vago, un miserable! ¿Sabes quién fue su padre?

—El no tiene la culpa.

—Pero ¿y de ser un vago, de no servir para nada?

—Felicio no es un inútil.

—Mira, ¡no le defiendas! Un pintamona que ni siquiera es capaz de pintar una puerta con gracia. Podría empezar por pintarse otra cara, que buena falta le hace.

Consiguio, al fin, Elisa entrar a la criada en su alcoba. La vieja, fiel a las tradiciones y al decoro de la familia, siguió sermoniéndola; mas el vago rumor era confuso y perdió la ilación de las palabras.

En la noche, la casa tenía un silencio inquieto de inmanencia de vida agazapada, como si se emboscara todo el ruido del día en los rincones. Y me daba pavor aquel latido, oculto entre la sombra, que yo sentía próximo, pronto a saltar y tenso en quieta expectativa.

Y este arco del silencio me oprimió en tal zozobra, en angustia tan grande, que me quedé dormido a fuerza de temor.



Al fin cesó la lluvia, y un sol aurrirado vino a animar la plaza. En la pared mugrienta de la casa de enfrente iba el agua, al secarse, dibujando groseros figurones. Veía en ellos la fauna monstruosa de los circos, de un grotesco amarguísimo, y con ella, de nuevo, recordé a mi murciélago.

No sé cómo me vino la diabólica idea. El afán vanidoso de exhibir a mi pobre animalejo; acaso un vago pudor de guardar tantos días el secreto, escondido como un pecado negro; la clara y generosa lealtad de la infancia que busca difundirse... No sé; pero en el fondo había mucho amor. Ese amor necio de la madre que cubre con brillantes vestidos la fealdad de la hija que no tiene remedio, y añade a sus desgracias la befa y el ridículo.

Saqué al pobre murciélago, previne los colores de mi caja de acuarelas y, con un entusiasmo que acreció a los chillidos, a la torpe resistencia de mi pobre animal, le fui pintando. La pastilla del ocre quedó entera en su dorso, y el azul, en las alas; salpicado de blanco el pecho y la cabeza. Era algo tan horrible que casi me asustó. Quedé dudando y, para verle mejor, le puse encima del borde de una caja y me aparté unos pasos.

El murciélago, libre, movió torpes las alas y pudo alzar el vuelo; rozó por las paredes en su curva precaria, y por la puerta abierta escapó a los corrales.

Aún vi durante un rato cómo hendía la tarde la manchita amarilla que yo puse en su espalda. Luego, tras los tapias, el cielo despejado, con un verde de fruto, donde de la tormenta no había más que una leve nubes desmadejadas, de un rosa de naranja, quedó quieto y tranquilo, sin más geometría que la red académica que hacen las golondrinas con sus vuelos cruzados.

Sentí la ingratitud tan friamente, que me asombré a mí mismo. Yo quería al murciélago; pero su marcha no me causó dolor, más bien alivio; me embarazaba un poco. Para no confesarme esta verdad a mí mismo, porque me parecía un poco desalmada, me puse a fantasear. Humanizándole, veía mi murciélago ufano de los ricos colores que le dió mi paleta, altivo y admirado de todos sus congéneres. ¡Tal vez le nombrarían rey del país de fábula en donde el ganso viste plumas de pavo real!

Pero, a pesar de mis pretextos, el verdadero fondo de mi melancolía era aquella frialdad que en mí encontraba la indiferencia ante la marcha, el no sentir congoja ni ganas de llorar.

Se lo conté a mi prima para aliviar-me un poco, y entonces, al decirlo, sí sentí una blandura que hizo temblar mi voz. Elisa me apretaba tiernamente a su pecho. Me habló con cariño y con pena; tenía, desde hacía algún tiempo, una laxa tristeza que la reconcentraba; pero en aquella noche habló mucho conmigo.

—Fantaseas demasiado. Te atormentas en vano con tristezas quiméricas. La vida ya tiene demasiadas tristezas por sí misma.

Para mí, las tristezas de la vida se condensaban en una sola cosa: los mendigos—el ciego que imploraba a la puerta de la iglesia, la vieja que venía cada día a recoger los restos de comida y las ropas que habíamos desechado—. Me acordé de la prédica de un santo religioso que hizo en una novena grave cargo a las gentes que cuidan animales regalándoles mucho, mientras pobres de Cristo mueren de hambre y miseria.

¡La tristeza, los pobres! Pero yo no tenía nada que dar... Y aunque era cierto que me causaba pena la suerte de los pobres..., querer, había querido a mi ingrato murciélago, mas con el corazón.



Quiteria me llevaba a ver a su familia. A mí me producía una aguda molestia la visita a los barrios pobres de las afueras. Había un olor picante de ajos y de miseria, de rastrollo lúdero, de estiércol y de alfalfa. El campo se metía, a veces, en las calles con menudas parcelas, plantadas de azafrán parte del año y otra parte, de trigo. Las casas, muy pequeñas, de tierra, enjalbegadas, tienen la puerta abierta, curiosa, recatada de una hasta cortina.

Al llegar la cosecha del azafrán, que envuelve con su florada al suburbio y se vuelca en las casas desde grandes espaldas, es cuando adquieren vida las calles miserables. En cada portalada hay una mesa puesta, donde arrancan las mozas los rojizos pistilos de las pálidas flores. Se ríe, se comenta, hay esa alegría antigua de los cultos rurales; se huele a vino nuevo y a flores que se pudren. Y las mozas recuerdan, a veces todo el año y aun por toda la vida, el baile en que terminan los días del azafrán.

Ni aun en aquellos días en que iba todo el mundo, me gustaba aquel sitio. Me hallaba cohibido, no sabía qué decir, cómo moverme, por miedo de ofender a aquellas gentes. Miraba con cariño, les respondía a todo cuanto me preguntaban, me dejaba besar, y, sin embargo, no estaba natural, ni conseguía ser del todo simpático; yo mismo lo notaba en el cierto respeto que había en sus caricias. Me molestaba mucho, pero no me atrevía a negarme a Quiteria cuando quería llevarme a ver a sus cuñadas.

Una tarde de éstas, en que se prolongó más de lo que era usado la visita, volvíamos apresuradamente, y en una callejuela hallamos a Felicio: venía muy cargado de atadidos; un mozo le llevaba un gran fardo.

—¿Adónde irá este pájaro?—me dijo la Quiteria—. ¡Si al menos levantara el vuelo para siempre!

Yo volví la cabeza para verle. Al final de la calle, mugrienta de un humo burocrático, estaba la estación. Su mole de ladrillo, de un color rojo sucio, rodeada de jardines de verde polvoriento, era una visión triste para ser la postrera que daba la ciudad.



Una mañana turbia, ya nuncio del otoño, con sus luces cernidas y el viente fresco, hallé sobre las losas del patio, muerto, al pobre murciélago. Aún tenía

colores de los que yo le puse, y allí, muerto, maltrecho, parecía un pingajo. Le cogí con cuidado, con una gran piedad, con dolor verdadero, y lo llevé a enterrarle en un rincón del muro.

El gato me seguía a distancia, muy serio, digno, como el cortejo de respeto a un entierro.

La misteriosa muerte me dejó acongojado. ¿Acaso los colores que le puse, vistosos, ahuyentaban la caza de que hacía alimento? ¿Acaso sus congéneres, lo mismo que en las fábulas, reprochándole el fraude de los falsos colores, le causaron la muerte?

En mi mente infantil, la muerte aquella era un remordimiento, y en vano busqué mi álbum de más bellas estampas para huir del recuerdo.



La madre de Abelardo vino a ver a mi tía. Doña María Francisca, aunque es joven, se viste de negro; lleva ropas suntuosas y pesadas, sombreros de azabaches o mantillas de blondas; al andar tiene un gesto de procesión; es pálida y tiene ojos muy grandes, lo mismo que su hijo. Al pronto, con sus ropas, su abanico de encaje y su aire de abadesa, causa mucho respeto; mas luego, si se miran sus ojos, tan profundos y tan llenos de alma, ya no se tiene miedo.

Cuando me besa doña María Francisca tiene tal expresión que se diría que es su beso primero o que es acaso el último. No me gustaba que me besase nadie; mas luego que besó mi mejilla doña María Francisca no la supe apartar, y de buen grado hubiese pedido otro beso.

En la salita hablaron las dos damas junto a aquel San Pascual que me imponía en su oscura leyenda. Mi tía era expresiva; sus manos, muy agudas y un poco descarnadas, seguían los conceptos con un suave aleteo. La madre de Abelardo no se movía apenas; con sus ropas tálares, de un negro reluciente, parecía un icono, y sólo con los ojos se dejaba entender, pues sus palabras eran en voz tan baja que tía Desideria tenía que inclinarse para poder oírlas.

Luego, cuando se fué, salieron las señoras tan unidas y mudas en algún grave caso, que aunque salí a su encuentro, doña María Francisca ni siquiera me vió y no pudo besarme.

Quedó un rato mi tía sumida en gran silencio; luego agitó las manos y cogió la costura. Elisa, que sabía por Quiteria la nueva de la larga visita, vino muy blandamente, se sentó en una silla y se quedó mirando la reja de la plaza. Ya había hojas de otoño, y las luces eléctricas se encendían muy pronto. El jalón luminoso de cada farol era un rosado reclamo para la noche tibia.



Yo, desde la mañana en que hice el triste hallazgo, salía cada día, temprano, a los corrales.

Ya no había golondrinas; los míseros gorriones saltaban en la tapia sacudiéndose el frío; yo veía mi aliento difundir su neblina en el ambiente claro. A veces había escarcha en la hierba del suelo. Quiteria, una mañana, sorprendió mis salidas.

—Pero, niño, ¿estás loco? ¿No ves el frío que hace? ¡Te vas a constipar!

Y como yo, a remolque de su mano, aún buscaba por las losas del patio, me preguntó de nuevo:

—¿Qué miras? Di. ¿Qué buscas?

Yo respondí inconscientemente, contestando a una idea que aún no había formulado:

—Busco a ver si ha caído esta noche el murciélago de Elisa en el corral.

Huberto PEREZ DE LA OSSA

Ilustración de BARTOLOZZI.

LIBROS RECIBIDOS

El laberinto de las sirenas.—Fiel a la periodicidad astronómica con que Baroja lanza sus libros a los escaparates—según notó Ortega en *Espectador*—, nuestro gran novelista nos regala con un nuevo volumen bien entrado el otoño. ¿Qué impresión deja su lectura? ¿Qué juicio formará el buen leyente asiduo de Baroja al toparse en algún paraje de la obra con párrafos como el siguiente: «¡Oh, abismos! ¡Oh, ensenadas! ¡Oh, cavernas! ¡Oh, mar, hija del Eter y del Día! ¡Promontorios lejanos! ¡Peñascos solitarios, festoneados por las olas! ¡Rocas negras, sombrías y ásperas, bañadas de espuma! ¡Frescas auras! ¡Silbidos del viento! ¡Eternidad de días de sol! ¡Rumores roncros de la tempestad! Toda vida, toda energía...»

¡El mar! ¡El mar! ¡Thalassa! ¡Thalassa!»

Baroja, que hace tiempo trabó amistad con la erudición, ha hecho ahora las paces con la retórica. La elocuencia no es ya su enemiga, ni piensa en retorcerla el cuello, como aconsejaba Verlaine. He aquí la primera sorpresa de quien recorra *El laberinto de las sirenas*. «¡Gracias a Dios — dirán algunos —; Baroja empieza a escribir bien!» No hay tampoco en el novelista aquel afán antiguo de indignar al lector... Salvo en la página 258, donde Baroja escribe: «Para los hombres de un espíritu cínico y anárquico, el magistrado, casi siempre, no es más que el perro de presa de la sociedad conservadora, un producto de barbarie y agresividad, que merece el desprecio más que la estimación. Realmente, para ser juez o magistrado hay que tener o una gran petulancia o una gran estupidez.» (¿Es que el espíritu de justicia no existe para Baroja? ¿Es que un hombre, ni petulante ni estúpido, sino al contrario, sencillo, tolerante y comprensivo no puede hallar, a las discordias de otros hombres, una solución justa, inspirada en la eterna equidad, superior a los secretos del Estado?) En lo que Baroja no ha cambiado es en su amor por la aventura, por la vida inquieta; ni tampoco su arte poderoso, enterado de todos los secretos de la amenidad, de la emoción y del interés.



Las sirenas de la lujuria, por Emilio Carrère.—A través de las páginas de este libro, en el que nuestro gran poeta recoge varias novelas admirables, tiemblan materia y espíritu ante los más imponentes secretos de la vida. Bello libro, de honda inquietud y emoción trágica, en el que el amor tiene alas de luz y negruras de abismo; columna de fuego en la noche llena de alucinaciones y pesadillas.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

Últimas novedades:

JOSÉ FRANCÉS: Páginas.

El alma viajera..... 5

HERNÁNDEZ CATÁ:

Una mala mujer..... 5

PÉREZ DE AYÁLA:

Tinieblas en las cumbres..... 5

MARCELA VIEUX:

La arrepentida..... 5

COLETTE WILLY:

La casa de Claudina..... 5

EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Pedidos directamente:

«MUNDO LATINO»—APARTADO 502

LA "PIANOLA"

(MARCA REGISTRADA)

es el mejor

REGALO DE PASCUAS



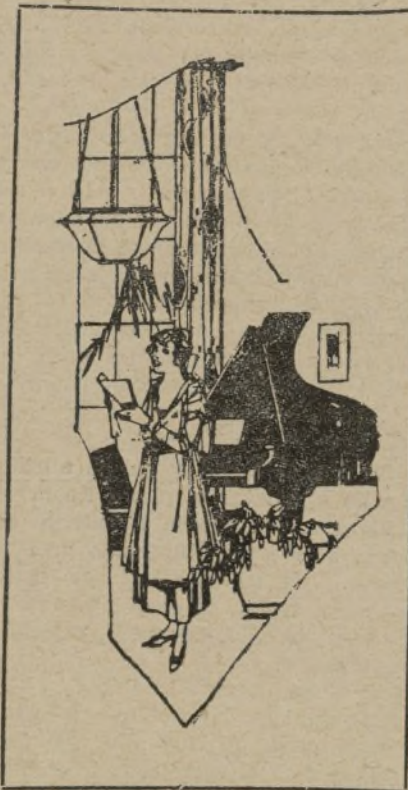
Las supremas particularidades de este instrumento permiten el dominio de la Música, y con ella completaréis

LA FELICIDAD DEL HOGAR

Está reconocido cuánta es la sana influencia que la Música ejerce en todas las personas.

EL "PIANOLA"-PIANO

es el instrumento de los Reyes, de las Instituciones Musicales, de los Grandes Músicos y, en general, de todas las personas cultas y distinguidas.



VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS THE AEOLIAN COMPANY

S. A. E.

Avenida Conde Peñalver, 24. — MADRID

Se ha puesto a la venta

LA NOCHE MIL Y DOS

novela nueva de

Francisco Camba

Preciados, 46 y en todas las librerías

5 pesetas

Quiosco de EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá

— Esquina a Barquillo —

Nerviosina de T. González De venta en farmacias

ULTIMA NOVEDAD DE PHILIPS



ARGENTA

Luz más hermosa y más decorativa
para el comercio, casinos, particulares, etc

Al por mayor: ADOLFO HIELSCHER, S. A.

Almacén de material eléctrico

MADRID: Calle del Prado, 30. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.221

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

